

COLABORACION

CUENTO DE "NAVIDAD"

oo

Don Gervasio llegó aquél día a casa más contento que de costumbre. En realidad, no tenía grandes motivos para estar más satisfecho de la vida que otras veces. Había trabajado en la oficina más de lo habitual para ver si lograba tener a tiempo el balance y, después de esperar el autobús durante treinta y cinco minutos con un frío de mil diablos, tuvo que optar por volver a pie, no desperdiciando ni una gota de los "cinco milímetros" que, según el parte meteorológico, cayeron esa tarde; para Don Gervasio había un error: no eran cinco milímetros sino "cinco mil litros" los que habían caído.

A pesar de volver empapado de cuerpo, estaba alegre y optimista de espíritu. La verdad es que sí había una razón para su contento. Tenía esperanza en el porvenir. El horizonte, a partir de aquella tarde y a pesar de las nubes que pretendían ocultarlo, se mostraba a sus ojos de un color rosa suave, aterciopelado, encantador, capaz de disipar las más negras tinieblas en el corazón más recalcitrante. Dentro de pocos días, las puertas de la Fortuna se abrirían de par en par y Don Gervasio penetraría por ellas en el reino de la Felicidad. Ya se veía, vestido con un chaqué alquilado, con el sombrero de copa en la mano, adelantándose entre dos filas de guardias de "El desfile del Amor", mientras la banda municipal interpretaba un sandunguero paso doble, a recibir de manos de la mismísima Fortuna, en persona, - de "mano", porque la otra la necesita para sujetarse la túnica -, un buen puñado de cosas del Cuerno de la Abundancia.

No le cabía la menor duda. Dentro de poco, sería rico. Pero inmensamente rico. Porque millón y medio de pesetas, para Don Gervasio, que nunca había visto juntas más de las mil ochocientas - si es que no había tenido que darle algún "mordisquillo" por esas cosas de la vida - del sobre que mensualmente recibía del habilitado en la oficina, representaba la más inmensa riqueza, hasta el punto de que había decidido encargarse unas tarjetas donde dijera: "Gervasio Sánchez Ruiz DE CRESO".

Además, es que había tenido corazonada. El lo decía siempre: "A la Lotería, hay que jugar con convencimiento, con fé. Si no, es inutil."

Es tirar el dinero". Y este año, al ver el número, tuvo la certeza de que "el Gordo" caería en él. Y sin dudar ni un instante, tomó un déci mo a descontar de la extraordinaria.

El problema estaba en decírselo a su mujer. "?Cómo lo tomará En gracia?" se preguntaba. "!Bah, no le diré nada!. !Menuda sorpresa cuando me vea llegar con el millonaje y su esposa!". Y se hacía a si mismo un chiste a base del millón y su "mitad.

Al subir la escalera apuntó tímidamente, allá en el más hondo rincón de su cerebro, como un ratoncillo que asoma los bigotes por el agujero, la idea de que podía no tocarle. La rechazó inmediatamente. Tenía corazonada. Además, en el peor de los casos, que era éste, ya encontraría una partida donde colocarle a Doña Engracia esas doscientas sin justificar. Si un tenedor de libros no va a poder "disfrazar" doscientas pesetas, ?quién podrá hacerlo?. Aunque a Doña Engracia no la engañaba ni un Ministro de Hacienda. Pero nada hay imposible en este mundo. Además, tenía corazonada. Y con este pensamiento, metió la llave en la cerradura.

Mientras se quitaba los zapatos, al tiempo que silbaba el bayón de "Ana", oyó la voz de su mujer.

-!Gerva!. ?Eres tú?.

-!Si, vidita!, contestó.

-!Tráeme la sopera!.

-!Voy, corazón!.

Y acudió, obediente como de costumbre, con la sopera en la mano.

Al llegar a la cocina Doña Engracia le miró sorprendida. No podía disimular la felicidad que le llenaba y ella, gran observadora, se lo notó enseguida.

-Muy contento vienes hoy. ?Es que te ha tocado la Lotería?.

-No, pero... - dijo Don Gervasio. Y se paró en seco.

-Pero, ?qué?. ?Qué trastada me has hecho?. ?Has ido por ahí con los amigotes?. !Seguramente te habrán hecho beber. -(La sombra negra, la más negra de todas las que rodeaban la vida de Doña Engracia, que eran muchas, era el alcohol).

-No, no, Gracita, nada de eso. Ni siquiera lo he probado. Mira, huéleme.

Y le echaba el aliento, un aliento virginal con olor a tabaco.

-Anda, anda, déjame en paz. Es mejor que pongas la mesa.

A pesar de todos sus esfuerzos, Doña Engracia estaba "mosca". Una y otra vez, durante la cena, le hacía preguntas y más preguntas, de las que el pobre hombre salía como Dios le daba a entender. Hasta que ya, mientras fregaba los cacharros, cuando dejó caer un vaso y lo hizo añicos, la situación se hizo insostenible.

-!Pero bueno!. ¿Qué te pasa, si se puede saber?. -Saltó "Gracita hecha una furia.

-Nada, mujer, nada. Que se me ha escurrido. Con las manos llenas de jabón.

-!Vamos, déjate de tonterías!. ¿Qué es lo que me ocultas que estás tan nervioso?. !Dímelo de una vez o te acuerdas de esta noche!.

Don Gervasio sudaba por todos los poros.

-Nada, no te oculto nada. Es que... -y la "fórmula" salvadora — acudió a él. -!Es que somos millonarios!.

-¿Que somos qué?. -Y Doña Engracia se dejó caer sobre la silla de la cocina.

-!Ay, Dios mio!. !Ay, Dios mio, qué desgraciada soy!. !Ay, — Virgen Santísima, qué pena tan grande!. !San Antonio bendito, protégeme!. !No, si ya lo sabía yo!. !Si ya lo decía mi pobre madre!. !Si tenía razón!. !Note cases con ese hombre, hija mía!. !Mira que los que andan con dinero ajeno, tarde o temprano caen todos!. !Ay, madre mía de mi alma, que razón tenías!. !Virgencita de las Angustias, no me abandones en este trance tan doloroso!. !Dí, ladrón!. — !Dí, bandido!. ¿De dónde lo has robado?. !Vamos, confíesalo ahora mismo, antes de que llame a la Guardia Civil!. !Suéltalo de una vez si no quieres que...!. !Yo, ya mismo iré a denunciarte!. !No, si he de verte acabar tus días en la cárcel, canalla, asesino, que no respetas ni el buen nombre de tu mujer!.

Aquí se le acabó el aliento y estalló en un mar de lágrimas.

Don Gervasio estaba aterrado, jamás pudo sospechar el alcance de sus palabras. Pero ya Doña Engracia se reponía. Ahora, con nuevas fuerzas, volvía al ataque agarrando a su marido por el delantal — que se había puesto para fregar. El pobre veía las narices de su "dulce" esposa evolucionando a un dedo de las suyas, mientras trataba de asesinarle con los ojos.

Por fin, pudo calmar el vendaval y explicárselo. Con gran trabajo logró decir que no eran millonarios, pero que lo serían. Que tenía en el bolsillo un décimo que dentro de unos días valdría un millón y medio de pesetas.

-!Ah, vamos!. -Dijo la dama cuando logró enterarse. Recapitó unos instantes y luego masculló entre dientes presa de la ira:

-¿Cuanto te ha costado?.

Don Gervasio pensó que lo de los "cinco mil litros" del parte meteorológico era una gota de agua en el mar en comparación con lo que se aproximaba.

-Doscientas pesetas - dijo con voz lacrimosa.

Lo que siguió ya no es para descrito. Los lamentos, las voces, las amarguísimas quejas que salieron del pecho de Doña Engracia, — habrían dejado lleno de admiración al más grande de los trágicos griegos al ver hasta donde es capaz de llegar la desesperación humana.

Los más duros epítetos, los calificativos más violentos, salieron de la boca de aquella pobre esposa contra su "infiel marido", capaz de "jugarse la paga", mientras su pobrecita mujer sufre en casa sola y abandonada. De nada servía que Don Gervasio insistiera en que iba a tocar, que era seguro, que no podía fallarle, porque tenía corazónada. La furia de Doña Engracia necesitaba sangre para calmarse.

Todo tiene un fin en este mundo y después de la tormenta, llega siempre la calma. Pero en este caso, una calma cargada de nubarrones oscuros y aterradorizantes, precursores de nuevas "precipitaciones", con unas rachas de viento que no anunciaban nada bueno.

Los días que pasó Don Gervasio hasta el del sorteo, fueron una reproducción con pantógrafo del suplicio de Prometeo. Un picotazo — aquí, otro picotazo allá, una "palabrita" colocada oportunamente, más lejos... Y así sin final. El pobre hombre "capaz de tirar así el dinero, sin pensar en su sufrida esposa que se priva del menor capricho", no vivía, sólo de figurarse que a pesar de su corazónada, podía no tocarle. En ese caso, ya tenía la solución; No podía elegir más que entre dos cosas: O emigrar, o irse a la Legión, aunque no sabía si admitirían esqueletos, pues se estaba quedando en la estructura.

Por fin, llegó el ansiado día. Don Gervasio cogió el retrato de su madre y las zapatillas, únicos objetos verdaderamente suyos, por si no podía volver a casa y salió camino de la oficina.

Pronto se supo el número de "el Gordo". No tuvo necesidad de sacar su décimo. Se sabía las cifras de memoria. Los pensamientos de Don Gervasio, por orden cronológico fueron:

1º - ¡Vaya!. Por lo menos, me ha tocado el reintegro!. Y dió un suspiro de alivio.

2º - ¡Las dos últimas cifras!. ¡Ya tengo premio!. Y dió otro suspiro.

3º - ¡Y la centena!. Y no dió ningún suspiro.

4º - ¡Y...!. Y se le cortó la respiración.

Se levantó derramando un tintero sobre un libro, que, a juzgar por el tamaño, debía de ser el "Mayor", - su labor cuidadísima de — todo un año, perdida - y sin decir ni "adios", sin coger el abrigo, olvidándose de todo, salió de la oficina.

No se le ocurrió ni tomar un taxi. Echó a correr por la calle, sin mirar nada, tropezando con todo el mundo, exponiéndose cincuenta veces a ser atropellado, repitiendo mientras corría, una frase, sin darse cuenta de su significado:

-!Me ha tocado!... !Me ha tocado!... !Me ha tocado!...

Subió la escalera de cuatro en cuatro sin acordarse de su pobre corazón. No atinaba con la llave, luego, con la cerradura y no se le ocurría más que dar patadas a la puerta.

Por fin logró abrir. Su mujer, asustada, venía por el pasillo, se cándose las manos en el delantal.

-?Qué te pasa?. ?Te has puesto malo?. ?Te has enfriado la vejiga?. !Si ya te digo que te pongas la camiseta gorda!. !No quieres hacerme caso y así nos va!.

-!Ay, Engracia!. !Ay, Engracia!, jadeaba Don Gervasio.

-Pero, hijo, ?qué te pasa?. !No me asustes más, que bastante frita me tienes!.

-!Me ha tocado, Engracia!. !Me ha tocado!.

-Pero, ?qué te ha tocado?. -La buena señora no se acordaba ya del décimo; solo de las doscientas pesetas.

-!El Gordo!. !El Gordo!.

-?Qué gordo?.

-!El de Navidad!. Y se derrumbó.

Así, al principio, Doña Engracia no caía. Se quedó parada. Luego, ya se dió cuenta.

-?El Gordo?. ?El millón y medio?.

-Sí, sí - resolló el "agraciado", desde el fondo de la butaca donde había naufragado.

-!Idiota! - dijo Doña Engracia -. !Idiota, más que idiota!. ?Por qué no comprastes el billete entero?. ?O toda la serie?. !Eres tonto de remate!. ?No tenías corazonada?, Pues, ?por qué no lo comprastes todo, más que pánfilo?. !Si no fuera porque soy cristiana, te asesinaba!.

Don Gervasio se quedó anonadado. A esto sí que no sabía qué decir. Pero su esposa no había terminado. Extendió la mano, como en el juramento de Santa Gadea, sólo que al revés y dijo:

-Venga.

-?El qué?. No he cobrado todavía.

- El décimo. Lo que sea. Lo que tengas. Tú eres capaz de perderlo, de bebértelo, qué sé yo, de lo peor. Dámelo. Dámelo inmediatamente.

Don Gervasio, incapaz de defenderse, hurgó nerviosamente entre los papeles de la cartera. Cayó al suelo el retrato de su madre, la — cédula de l. 935, un recibo de un certificado y dos o tres papeles con anotaciones. Luego, salió el décimo correctamente doblado. Lo alargó sin decir una sola palabra.

Doña Engracia lo escondió en el escote.

-Daremos limosnas a los pobres. - Y se volvió majestuosamente.

Así fué como le tocó "el Gordo" a Doña Engracia.

Y Don Gervasio se encargó unas tarjetas que decían:

GERVASIO SANCHEZ RUIZ, VIUDO DE CRESO.

Alfredo Garcia Passigli

HUMOR Y CLIMA

Celo municipal...

